

La guerra: un riesgo para la salud pública

Sr. Director:

Ante el editorial publicado en Gaceta Sanitaria, *La guerra, también un problema de salud pública*¹, nos gustaría darle la enhorabuena por la valentía de editorializar sobre un tema tan importante para los derechos y la salud pública, en unos momentos donde Chechenia ha sustituido a la zona de los Balcanes, como espacio de guerra.

Mucho son las palabras que en la literatura científica encontramos ligadas a la guerra y la salud²: crimen, trauma, desestructuración social, atrocidades, desórdenes, terror, miedo, brutalidad, tortura, muerte, consecuencias psiquiátricas, problemas psicológicos... Muchos son los países que aparecen en la literatura científica internacional alrededor de los conflictos que afectan al derecho de la salud: Etiopía, Kenya, Nepal, Zimbawe, Iraq, Zaire, Rohingya, Malawi, Somalia, Serbia, Montenegro, y además en importantes revistas científicas.

Durante las pasadas tres décadas, muchas han sido las situaciones en las que conflictos han logrado generar hambre y migraciones forzadas de una gran cantidad de personas, con consecuencias de altas tasas de mortalidad, de morbilidad, de enfermedades transmisibles, de malnutrición, de desórdenes depresivos y de personalidad, de consecuencias psicológicas y stress, de intoxicaciones alcohólicas, de enfermedades de transmisión sexual de los soldados o de abusos sexuales. Todo ello está teniendo graves efectos en las mujeres, en los niños y en los jóvenes³.

Desde el punto de vista de las respuestas a estas situaciones, ante las condiciones sanitarias deplorables generadas, se habla de desinfecciones de apartamentos, hoteles, escuelas, guarderías, centros sanitarios, espacios deportivos, o tiendas. También se realizan acciones de dar suplementos de agua o de cerrar espacios públicos, junto a la provisión de comida, refugio o servicios de desinsectación adecuados o vacunaciones masivas para prevenir la morbilidad por enfermedades transmisibles.

Ante ello, muchas son las críticas que reciben a la respuesta de la comunidad internacional ante estos conflictos. Inapropiada y retardada son algunos de los calificativos más comunes a la asistencia recibida en estas situaciones por considerar que el personal enviado está poco o nada formado. Se habla de crisis y contradicciones en el movimiento humanitarista⁴, y a partir de ahí, de la necesidad de nuevas especialidades dirigida a la atención de las necesidades de salud de los refugiados, de recuperar los valores tradicionales del humanitarismo, de la intervención de organizaciones como el CDC o la OMS o del fortalecimiento del papel de la atención primaria, por su capacidad de estar cerca de los problemas,

por sus posibilidades de coordinar y dar sostenibilidad a las acciones.

Con la guerra (y también con la violencia de los estados), estamos ante uno de los más importantes riesgos para la salud pública, ante la pérdida de un derecho humano fundamental de una población, que se acrecienta por los efectos a largo plazo de la utilización de armas químicas y radioactivas.

Es evidente que la guerra destruye la paz, uno de los requisitos para la salud. Cualquier razón que haya para ello es la negación de la salud como derecho humano, por el sufrimiento, las penas y las angustias la enfermedad y la muerte, pero también por las consecuencias económicas, la pérdida de seguridad familiar, o de la identidad personal y social y, por tanto, de la ausencia de visión de futuro.

La guerra destruye muchas cosas, y entre los múltiples edificios en el suelo, encontramos tirado el equilibrio social, junto a muchas infraestructuras básicas y todos los esfuerzos de la gente que durante muchos años han estado luchando para mejorar sus condiciones de vida.

Por esto, como profesionales de la salud pública, ante este importante riesgo, queremos exponer nuestra preocupación sobre un tema que no para nunca. Según la literatura científica y las experiencias vividas, en estos conflictos los trabajadores sanitarios tenemos un papel importante en los procesos de reconciliación porque la labor es ampliamente apreciada, genera un contacto con todos los sectores sociales y todo ello favorece un papel líder en la percepción de los cambios para la reconstrucción. Además, creemos que tendremos que ocuparnos de este problema en nuestros planes y prioridades durante muchos años, adaptándonos a las nuevas situaciones, como los problemas de salud mental⁵.

¿Qué podemos hacer para conservar y prevenir ese derecho humano que es la salud de las personas? La verdad es que hay más preguntas que respuestas, sin embargo, una respuesta clara es que queremos que se paren todas las guerras, que no haya más. De todas formas, también queremos hacer una llamada global sostenible en el futuro, que permita, con acciones preventivas en las intervenciones humanitarias, a potenciar el desarrollo de la democracia, a fortalecer la responsabilidad social y el poder de la gente y a ayudar a incrementar la tolerancia.

Joan Carles March Cerdá

Director para Europa de la Unión Internacional de Promoción y Educación para la Salud y Coordinador de Investigación de la Escuela Andaluza de Salud Pública

Inés García Sánchez

Coordinadora técnica de la Oficina Europea de la Unión Internacional de Promoción y Educación para la Salud

Bibliografía

1. Jansá JM. La guerra, también un problema de Salud Pública. *Gac Sanit* 1999;13:253-5.
 2. Nordstrom C. Terror warfare and the medicine of peace. *Med Anthropol Quart* 1998;12:103-21.
 3. Toole MJ, Waldman RJ. Refugees and displaced persons. War, hunger and public health. *JAMA* 1993;270:600-5.
 4. Pugh M. Military intervention and humanitarian action: trends and issues. *Disasters* 1998;22:339-51.
 5. Toole MJ, Galson S, Brady W. Are war and public health compatible? *Lancet* 1993;341:1193-6.
-